

Actores intelectuales y discurso de modernidad (Chile, siglo XIX)

Carlos Ossandón B.
Universidad Arcis

Lo que presentaremos a continuación responde a la modalidad "proyecto de investigación". No es aún un trabajo concretado.

1. En el análisis sobre formas de "apropiación" de la racionalidad moderna en América Latina y Chile, se han venido entregando una serie de antecedentes histórico-culturales que una visión dual del mundo ("nosotros" versus "ellos") o "macondista" (América Latina como el lugar de una racionalidad o sensibilidad alternativa) no alcanzaba ver, abriéndose la mirada hacia modos específicos de manifestación de una *experiencia de modernidad* que ha tendido a identificarse con la superación de viejas tutelas, la emergencia de zonas autónomas de racionalidad y valor, la profesionalización y el desarrollo de una razón crítica e independiente (Jean Franco, Rafael Gutiérrez Girardot, Angel Rama, Julio Ramos). Lo dicho se ha venido dando también en trabajos de autores nacionales que han procurado precisar las nuevas concepciones y enfoques. Estos trabajos han dejado al desnudo otras investigaciones sobre historia de la cultura o de las ideas en Chile que, si bien son importantes por la información u orden que ofrecen, aparecen ahora

insuficientes desde la perspectiva de una estructuración más crítica y actual. Ya volveremos sobre esto.

Sin el ánimo de ser exhaustivos, y con la intención tan sólo de situar lo que diremos específicamente más adelante, podríamos decir que, en lo que se refiere ahora al debate sobre cultura y modernidad en América Latina, una parte de sus participantes ha procurado fijar el lugar epistemológico y cultural específico desde el cual intervenir en éste (Nicolás Casullo, Nelly Richard, Enrique Gomáriz, Fernando Calderón, etc.). Otra parte se ha volcado a estudiar la naturaleza y los alcances propios de la cultura urbana y masiva en la situación actual de América Latina, asumiendo en una perspectiva posgramsciana algunos de los tópicos de la llamada "condición posmoderna" como elementos constitutivos de una realidad que aparece fragmentada, heterogénea, híbrida o "pastiche" (José Joaquín Brunner, Néstor García Canclini, parcialmente Carlos Monsivais). La coexistencia de lo tradicional y lo moderno o, más bien, de una pluralidad de lógicas, constituye el rasgo más determinante y general de América Latina, dentro de esta perspectiva analítica. Otra

línea de trabajo se ha interesado por examinar, desde una visión más histórica y arrancando desde la obra ya clásica de Pedro Henríquez Ureña, las relaciones entre cultura, literatura y poder en la dependiente y desigual modernidad latinoamericana, precisando en este contexto la difícil emergencia de prácticas culturales más privadas o específicas (Ángel Rama, Julio Ramos). La investigación que estamos procurando iniciar se inspira en parte en esta última línea de trabajo.

En Chile, y ya en la línea de las preguntas que nos formulamos para la segunda mitad del siglo diecinueve, han aparecido últimamente trabajos que han buscado estudiar la configuración y el funcionamiento del campo literario chileno durante el período comprendido entre 1890 y 1920 (Gonzalo Catalán), la relación conflictiva entre modernización y cultura en los tiempos de Balmaceda (Bernardo Subercaseaux), el origen de la sociología en Chile, las etapas de su desarrollo discursivo y su instalación profesional (José Joaquín Brunner), o las distintas figuras y grados de autonomía que ha alcanzado el quehacer filosófico en nuestro país al interior de la institución universitaria (Cecilia Sánchez). Distintas metodologías (Bourdieu, Derrida) marcan estos trabajos.

2. Hasta donde sé, no existe en Chile un trabajo que, centrado en el período que va desde el fin de los decenios de inspiración portaliana hasta el inicio del modernismo literario, se haya propuesto esclarecer de manera específica la "maquinaria" social, material y discursiva desde la cual se ve emerger con todas sus complejidades y limitaciones un espíritu crítico independiente, junto con la instalación incipiente y problemática de nuevos lugares de enunciación y de reconocimiento para el intelectual. Los trabajos que se conocen, desde los más tradicionales hasta los más actuales, tienden a pasar por alto este período en la perspectiva que aquí nos interesa, relegando más bien para el fin de siglo, a partir de la publicación de Azil (1888) de Rubén Darío, el surgimiento de procesos o voluntades autonómicas, expresión de la sensibilidad y tópicos del citado *modernismo*.

Quisiéramos probar que estos procesos se inician bastante antes del fin de siglo en Chile y tienen

que ver con la articulación, en la segunda mitad del siglo diecinueve, de nuevas y complejas relaciones que se comienzan a dar entre el campo del poder y de la cultura. Aun en plena vigencia del predominio del letrado funcional a la organización social, jurídica y cultural del Estado-nación, y de manera tan tributaria como paralela a la reactivación del movimiento pipiolo que arranca de 1842, es posible constatar la emergencia de un temple crítico y satírico que exhibe una cierta "irresponsabilidad" política, entendida ésta no como desinterés por la cosa pública sino como carencia de vocación programática u "orgánica". En esta perspectiva quisiéramos entender el espacio que se abre con la aparición de *El Correo Literario* el 18 de julio de 1858. En su primer número, este periódico reivindica insistentemente su independencia y su distanciamiento de los partidos políticos existentes; hace una crítica al gobierno, a la "comedia" que representan las discusiones de la Cámara de Diputados, y también se refiere a una "sociedad literaria que hubo en Santiago compuesta de colegiales y que tenía por objeto civilizar a Chile y a la América en general" (José Antonio Torres).

Quisiéramos seguir la pista a la expresión material y discursiva de este espíritu independiente, "socrático", inquiriendo en su subsuelo "arqueológico" e histórico, vinculándolo al desarrollo de nuevas sociabilidades, a la expansión y diversificación de periódicos y rotativos, a nuevas conexiones discursivas, a la aparición embrionaria de nuevos campos del saber y prácticas profesionales (la pedagogía), al debilitamiento del *pathos* "fundador" y a un progresivo alejamiento y desencanto respecto de la práctica política. Respecto de esto último, se puede afirmar que la desilusión que manifiesta José Victorino Lastarria en la década de 1880, y que va de la mano de una renovación de sus propuestas estéticas, no parece ser el punto de partida de un proceso de desestructuración del tejido de comunicación y de reconocimiento entre los intelectuales y el poder instalado *grasso modo* desde la Independencia en adelante. Se puede conjeturar que este proceso, así como la búsqueda de nuevos sistemas de validación cultural y social, cuenta con un período de "gestación" anterior a la década de 1880, incluye al propio Lastarria de las

décadas del sesenta y del setenta, y se expande desde aquel inicial *gesto de distanciamiento* que tuvo lugar a fines del gobierno de Montt.

3. Fundamentemos un poco más lo que acabamos de señalar: El rol que los letrados jugaron en la organización y consolidación del Estado-nación, a través de la redacción de códigos, leyes y otras formalizaciones, constituyó en Chile un importante modelo de legitimación y de reconocimiento subjetivo. Andrés Bello (y Sarmiento en la Argentina) es la figura que mejor encarna este modelo. Sin embargo, y en una conexión muy estrecha con el discurso de inspiración liberal y positivista (J. V. Lastarria, los hermanos Lagarrigue, Benjamín Vicuña Mackenna, etc.) y con los programas de modernidad relativos a la enseñanza y a la separación de la Iglesia y el Estado, se ve aparecer un nuevo tipo de intelectual –no siempre fácil de diferenciar ni constante– que busca un espacio de desarrollo relativamente más libre o menos dependiente de las necesidades de la organización social y política, del poder o de las reformas de carácter legislativo o constitucional. Este nuevo y heterogéneo actor intelectual –al que vemos emerger aun antes del término de la llamada “República pelucona”– está lejos todavía de legitimar su quehacer o su subjetividad desde un *locus* abiertamente marginal; mantiene con las instancias del poder relaciones de alejamiento y cercanía, de colaboración y de crítica; se interesa muy vitalmente por la política, aunque no se reconoce más en la figura del “fundador” y del administrador público, y tampoco encuentra fácilmente los medios institucionales o económicos más permanentes capaces de asegurar su autoconsolidación. En relación con estos aspectos, aparece representativa la figura de Justo Arteaga Alemparte. En la fundación del periódico *La Libertad* (1866 a 1871) y de la revista *Diógenes* (cuyo primer número es de 1871), por ejemplo, se expresan bien los elementos mencionados. Dice Arteaga Alemparte en *Diógenes* 1 (8 de marzo 1871): “Como deja presentirlo el título de este folleto periódico, él es obra de una individualidad que no pretende expresar sino su propio pensamiento”. “*Diógenes* no hablará sino en nombre de su redactor”. Continúa Arteaga Alemparte:

“Desde que tengo una pluma en la mano, mi ambición constante ha sido llegar a crearme un órgano de publicidad enteramente libre de toda existencia de partido o de industria”.

Este nuevo modelo o modo de ser se vincula con una ampliación de la base económica y social del país, con el desarrollo de la ciudad y de un inicial mercado de bienes culturales, y con el ensanchamiento que experimenta el circuito letrado: la emergencia de sectores mesocráticos y/o de intelectuales ligados al periodismo y a nuevas sensibilidades, estilos (el estilo periodístico inspirado en Girardin) y sociabilidades. Es en este marco que se da la figura –no siempre nítida– de lo que podríamos llamar, basándonos en los aportes de Raúl Silva Castro, el *literato-periodista*. Esta figura va a ser capaz de instalar una escenografía que hará concurrir los imperativos que provienen del periódico moderno con otros de carácter más cultural o artístico. En esta perspectiva hay que destacar, entre otros, a Manuel Rodríguez Mendoza, crítico de arte y de la producción literaria, así como comentarista y cronista de actualidad (trabajó en *La Epoca* hasta 1887, donde creó la sección “Letras Nacionales”; comentó el *Azul* de Rubén Darío, etc.). La figura del *literato-periodista* es obviamente fuertemente tributaria del importante desarrollo y diversificación que sufre, en la segunda mitad del siglo diecinueve, la prensa y otros órganos periódicos. Dentro de estos espacios se constata la búsqueda de lugares o códigos más inmanentes de validación, fuera del territorio de la administración estatal así como parcialmente del programa de reformas liberales, problematizándose la relación con el poder en la misma medida en que comienza a posicionarse un discurso y una práctica propiamente políticos.

Es claro, por otra parte, que los esfuerzos por buscar formas y espacios más autónomos de validación no se dan sin fluctuaciones o entrecruzamientos entre estos esfuerzos y las exigencias políticas, “orgánicas” o reformistas (Rodríguez Mendoza fue, simultáneamente a su labor periodística, subsecretario del Ministerio de Obras Públicas. Así como hizo labor en la administración pública, fue también noctámbulo y amigo de la vida de club). De aquí que estos esfuerzos apare-

can graduados y no siempre iguales y constantes en todos los casos. Habrá que buscar la precisión de los elementos que nos interesan en periódicos tales como *La Semana*, periódico "noticioso, literario y científico" (así lo califica Lastarria). Según este último, *La Semana* fue "el representante del movimiento literario independiente". Este periódico, que va desde el 21 de mayo de 1859 hasta el 9 de junio de 1860, fundado por los hermanos Arteaga Alemparte, incluía cuentos, novelas (aquí se publicó "Don Guillermo" de Lastarria), crónicas internacionales, artículos de costumbres, traducciones, estudios históricos, juicios literarios, editoriales, etc. Deberemos buscar también en periódicos tales como *Los Tiempos* (1877-82) que tuvo como colaborador, entre otros, a Juan Rafael Allende (catalogado como el "Voltaire chileno", por su irreligión e irreverencia); *La Epoca*, que se inició en 1881 y en cuyas oficinas Rubén Darío, Pedro Balmaceda y otros discutieron sobre letras, artes y política. *La Epoca* publicó, entre 1882 y 1883, *Los Lunes*, donde ofrecía sólo literatura. Habrá que buscar también en publicaciones satíricas y humorísticas, no exentas de pretensiones y secciones literarias, como el ya citado *El Correo Literario* (1858 a 1867, con interrupciones), que en su segundo período (1864) contó con los hermanos Arteaga Alemparte, Manuel Blanco Cuartín, José Antonio Soffia, etc.; la *Linterna del Diablo* (1867 a 1876, con interrupciones), *El Padre Cobos* (1875 a 1885, con interrupciones), donde reaparece la figura del escritor Juan Rafael Allende, entre otros periódicos.

4. Podríamos sostener que es principalmente en el campo de la prensa y de otras publicaciones periódicas donde la instalación de un nuevo e intrincado lugar para el intelectual, ya no refrendado únicamente por la dinámica de construcción, administración o reforma del aparato estatal e institucional, se da con mayor propiedad en el período que nos ocupa. Se puede sostener igualmente que este nuevo lugar para el intelectual se expresó en la elaboración de un dispositivo com-

plejo que tuvo como ejes principales la preocupación por la literatura (se publican poesías, cuentos, producciones y traducciones de autores franceses principalmente, comentarios de textos, etc.), por el arte (se publican juicios sobre teatro, ópera, etc.), por la política, por la crónica de actualidad y por los cuadros de costumbres. Esta nueva instalación discursiva está bien expresada por José Antonio Torres, por ejemplo, que cultiva simultáneamente el periodismo moderno con la literatura en varios de sus géneros (poesía, drama, etc.). Además, *El Correo Literario* crea un género nuevo en Chile: las caricaturas.

Me propongo analizar las pautas u organizaciones propias del discurso de este nuevo y heterogéneo actor intelectual, sus modalidades, temas, conexiones y condiciones materiales de enunciación, su diferencia y entrecruzamiento con otros discursos y mecanismos de legitimación, así como sus propias desigualdades y fluctuaciones.

Una investigación que nos retrotraiga a aquellas condiciones, propias de la segunda mitad del siglo diecinueve, donde se vio emerger un actor que pudo inicialmente instalarse o afirmar una identidad problematizando los antiguos referentes, pudiera ser útil como modo de intervención y de complejización de los problemas actuales. No parecen claros en la actualidad los sistemas de comunicación desde los cuales desarrollar nuevas estructuraciones subjetivas y discursivas. Tendencias contrapuestas –de centralización y de descentralización– se han venido posesionando de una modernidad que, como la chilena, mantiene pendientes problemas de carácter estructural. La posibilidad de sacar a luz una forma histórica específica de validación y modernización del quehacer intelectual en Chile, que expresó una determinada y compleja modalidad de vínculo y/o distanciamiento con el poder, pudiera servir al objetivo de relativizar o problematizar concepciones actuales que pueden presentarse como absolutas o definitivas en este ámbito.